



AVISO LEGAL

Artículo: La política de la cultura y las transformaciones en el mundo actual

Autor: Vitanović, Slobodan

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 1, año VIII, núm. 43 (enero-febrero de 1994), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Vitanović, S. (1994). La política de la cultura y las transformaciones en el mundo actual. *Cuadernos Americanos*, 1(43), 147-153.
<https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1994 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA POLÍTICA DE LA CULTURA Y LAS TRANSFORMACIONES EN EL MUNDO ACTUAL

Por *Slobodan VITANOVIĆ*
UNIVERSIDAD DE BELGRADO

AHORA QUE LA ÉPOCA de posguerra —colmada de tensiones o de largos momentos de silencio— toca a su fin, se puede comprobar que, a pesar de todos sus indiscutibles defectos, la organización bipolar del mundo tenía algunas ventajas e incluso ciertos efectos positivos. En primer término, aunque anormal, ésta fue por lo menos simple y clara. En segundo lugar, si bien el proceso de unificación relativo al Este, impuesto y mantenido por la fuerza, jamás fue verdaderamente deseado y por lo tanto no prometía una larga duración por parte de Occidente, la existencia de los dos bloques, desde luego, aceleró la toma de conciencia sobre la necesidad inmediata de superar los marcos demasiado limitados y a todas luces insuficientes de la defensa, de la economía y finalmente de la ciencia y cultura nacionales. El colapso, rápido y brutal, del mundo del Este, es decir del estado bipolar de los bloques, reveló las precarias condiciones de la unidad del Este, pero al mismo tiempo trastornó en cierta medida la cohesión de Occidente. De todas maneras, dio comienzo una nueva época de equilibrio o de desequilibrio complejos y complicados, con todos los peligros y todas las incertidumbres que implica la misma. Es en ella donde de lo que en adelante se trata es de aprender a vivir y a pensar. Lo primero que es necesario decir es que la experiencia adquirida hasta ahora no sólo no es suficiente, sino que además en algunos casos puede entorpecer nuestras percepciones.

Pienso que sería un gran error considerar que la tercera guerra mundial fue evitada. Ella efectivamente tuvo lugar, y duró bastante tiempo. La particularidad de esta guerra consistió en el hecho de haber sido política, ideológica y ante todo económica. Afortunadamente no hubo combates, pero si bien por una vez las armas no

fueron empleadas, se produjeron constantemente, en tanto que los gastos militares superaron a los de todas las guerras anteriores. En consecuencia, si la tercera guerra mundial fue política, ideológica y sobre todo económica, la victoria —o bien, visto del otro lado, la capitulación— también lo fue.

Ahora se trata de saber y de definir claramente si los vencedores quieren sacar provecho de su victoria y rematar a los vencidos, o bien si están dispuestos a ayudarlos a convertirse poco a poco en sus socios de pleno derecho. Toda ambigüedad y toda vacilación entre ambas actitudes implican numerosos riesgos.

Sin embargo, es necesario verificar en primer término si la capitulación del Este, tan evidente en un momento dado, sigue siendo real. Políticamente, los partidos comunistas —casi en todas partes transformados y reorganizados rápidamente bajo otros estandartes y con una retórica modificada— dieron pruebas de una inesperada vitalidad. En primer lugar, conservaron una gran parte del aparato altamente diestro en la tecnología del poder y de la lucha política. No es éste el caso de los partidos de oposición, compuestos de numerosos individuos mucho más aptos para la discusión que para la acción y la organización. Además, fuera de su antiguo aparato, locales, infraestructura administrativa y técnica, etc., casi todos los partidos comunistas, bajo otros nombres, siguen disponiendo de una gran parte de sus fuentes financieras, lo cual constituye una evidente ventaja. Ideológicamente, de hecho el problema no existe. Vinculados desde largo tiempo atrás al poder único, los comunistas del Este aprendieron a no dejarse confundir por un rigor ideológico demasiado grande, lo cual les permitió —tras el fracaso— dirigirse políticamente en cualquier dirección. A causa de todo esto, los antiguos partidos comunistas terminan por incorporarse y someterse, tarde o temprano, a las exigencias del vencedor: sistema pluripartidista, elección libre, régimen parlamentario.

El principio de los derechos humanos ha sido considerado —y con razón— como un arma muy eficaz contra los regímenes no democráticos. Sin embargo, a largo plazo ésta reveló ser menos poderosa de lo que se creía. En mi opinión, la causa de esto se debería a dos razones principales. Primero: para hacer valer los derechos humanos en la vida política de una sociedad en la cual no sólo las instituciones democráticas, sino también la idea misma de democracia, faltaron durante largos decenios, ante todo sería necesario asegurar el retorno al hombre, al individuo autónomo, a los hábitos del libre albedrío. Sería necesario enseñarle o volverle a enseñar al

yo individual a no sentirse más amenazado cuando es diferente de los otros, a dejar de afirmarse identificándose con el yo colectivo, impuesto desde afuera e inconscientemente interiorizado. No sería posible liberar, en este caso democratizar, una conciencia individual sin antes liberar y democratizar el inconsciente que la influye. Segundo: si la situación económica es difícil, rayana con la miseria o superior a ésta —lo cual casi siempre es el caso— la noción de los derechos humanos corre el peligro de parecer más bien metafísica, ante necesidades puramente físicas.

Las diferentes formas de nacionalismo, agudas y encarnizadas, que surgen de las ruinas ideológicas y morales de los regímenes socialistas, no deberían causar asombro. Por una parte, ya a partir de los años veinte, los movimientos comunistas en casi todos los países de Europa y Asia se apoyaban en las frustraciones nacionales de las etnias y de las minorías étnicas en su lucha revolucionaria. Muchas de sus huellas han subsistido en las instituciones y en las maneras de pensar y de obrar. Por otra parte, la toma de conciencia del fracaso y de la catástrofe posible e inminente contribuía a los despertares y a la agravación de toda suerte de particularismos. Convencidos de que los responsables de la gravedad de la crisis eran fundamentalmente los otros, nos encerrábamos con intolerancia en nuestra república, en nuestra provincia, en nuestra nación, en nuestra etnia, en nuestra religión. La debilidad del yo individual, del hombre, del ciudadano y su espíritu crítico, posibilitó la gran euforia de los yos colectivos. Todo lo que fue deficientemente explotado o estuvo reprimido durante largo tiempo, estalló en el momento de la crisis. Cada quien cree vivir la época histórica de la gran reorganización de todo, del ajuste de antiguas cuentas, actuales y futuras.

La transformación de una economía socialista en una economía de mercado no se lleva a cabo bajo la forma de un proceso más o menos lento, más o menos difícil, pero progresivo. En el fondo, el paso de una economía evidentemente estéril a una economía eficaz no parece ser posible sin numerosas destrucciones. La desaparición del sistema precedente, por malo que haya sido, es seguida necesariamente por un desajuste de todo. La crisis económica, la incertidumbre social, el empobrecimiento de una gran parte de la población, generan sucesivamente el asombro, la desilusión y el descontento de esos mismos individuos que desde hacía mucho tiempo habían venido haciendo votos para la caída del régimen socialista. Ingenuamente se esperaba que el acceso a un nivel de vida occidental sería cuestión de muy poco tiempo.

Sin embargo, se da aquí la presencia de un fenómeno del cual se habla poco, pero que considero importante. Me refiero a la manera en que se opera la privatización de las empresas estatales. Los representantes del antiguo régimen: economistas, tecnócratas, directores de empresas, etc., no hacen todo lo posible para mantenerse en el poder con la intención de sabotear las reformas sino, muy por el contrario, con la intención de participar en ellas de un modo privilegiado. En los casos donde no se deja inmediatamente libradas las empresas a las sobrepujas internacionales, son los miembros del antiguo régimen y los nuevos políticos quienes crean —sin hacer mucho ruido— sociedades anónimas, apoderándose de la mayoría de sus acciones y convirtiéndose en llamantes capitalistas. Entonces, una escandalosa comprobación parece ser verdadera: mientras más cerca de la quiebra se halla la economía, menos caro resulta el rescate de una empresa moribunda, y al mismo tiempo menos interesante le resulta a los obreros que trabajan en ella y a quienes teóricamente se les ofrece un determinado número de acciones. Tal es la razón por la cual la mayor parte de los individuos que sostenían y representaban el poder anterior siguen aferrados a sus posiciones de fuerza, puesto que es así como la transformación del sistema podrá llevarse a cabo en beneficio de ellos. El caos es desde luego inevitable, pero puede resultar ventajoso.

Éste es el aspecto sucio de varios regímenes en vías de transmisión, o más bien de destrucción interior; aspecto un tanto forzado, desprovisto de contrastes y de matices, pero que no por eso es menos real. Puesto que la razón de ser de nuestra sociedad siempre ha sido —y desde luego debe seguir siendo— la defensa y el encoimiento de los valores fundamentales y universales de la mejor tradición moral y cultural de Europa, he pensado que podría ser útil que ella tomara conciencia de esto. La política de cultura tiene algo que decir a propósito de los aspectos negativos y de los peligros latentes, y reales, suscitados por procesos indudablemente positivos. Una toma de conciencia —operada con mucha prudencia— de todas las complejidades, de todas las dificultades, incluso de todos los crímenes que acompañan de una u otra manera a las reformas en los países y sociedades que se esfuerzan por salir de sus atolladeros, se impone a las personas de cultura y de buena voluntad.

Hoy en día, cuando alguien llega procedente de la Yugoslavia actual, de Serbia o de Montenegro, supongo que lo que de él se espera es la aportación del testimonio de un problema y de una experiencia hasta ahora desconocidos en Europa: me refiero a la vida

bajo las sanciones y el embargo. Digo bien: la vida y no la política, puesto que el testigo pertenece a la gran mayoría de quienes sufren esta política y no a la minoría que, de un modo u otro, sería la responsable de la ésta.

Ante todo, considero que las sanciones y el embargo no hacen sino agravar y multiplicar al infinito los fenómenos mencionados más arriba. En la política internacional —es decir en las relaciones entre los Estados, o más bien entre los representantes de los regímenes— se ha adoptado la costumbre de emplear una metonimia, poniendo “pueblo” donde se está haciendo referencia a quienes lo gobiernan. Si el pueblo dispusiera de instrumentos eficaces para controlar su gobierno, si por lo tanto pudiera suponerse que el gobierno actúa de acuerdo con la mayoría del pueblo, la ambigüedad no sería grave y la responsabilidad estaría compartida. Sin embargo, de no ser éste el caso, es particularmente falso y peligroso identificar no sólo a la mayoría sino al pueblo entero con su gobierno, y hacerlo directamente responsable de las acciones de este último, aun cuando ellas le sean desconocidas.

Como instrumentos de la política internacional, las sanciones y el embargo revelan este primer defecto: se los introduce apuntando a la acción de un gobierno y de un régimen, pero se alcanza plenamente al pueblo, ante todo en sus miembros más vulnerables, niños, enfermos y ancianos. Ateniéndome a los hechos que conozco personalmente o que me han llegado de fuentes absolutamente fidedignas, puedo afirmarles que el número de enfermedades y la mortalidad de bebés, de niños y de todo tipo de enfermos aumenta día a día; que la miseria afecta ya a tres cuartas partes de la población urbana; que la auténtica hambruna comienza a aniquilar a una gran cantidad de personas. En Belgrado es posible ver todos los días a personas ancianas —de ningún modo mendigos, sino individuos que en otro tiempo disfrutaron de una situación decente— escarbando en los cubos de basura para hallar algunos mendrugos que comer. Los suicidios de quienes ya no pueden soportar la humillación son cosa cotidiana. Los salarios de aquellos que tienen la buena suerte de trabajar, descendieron a 20 ó 30 marcos alemanes, en condiciones de una inflación de poco más o menos 50% diario.

Se podría aducir que, a pesar de todo, la ayuda humanitaria está exenta de las sanciones y del embargo. Teóricamente esto es verdad, pero en la práctica apenas llega a serlo. Sin contar las extremadamente complicadas formalidades administrativas, se carece de medios financieros, razón por la cual los medicamentos y materiales

para las clínicas llegan en cantidades insuficientes, y se está obligado a tener que privar de ellos a una gran cantidad de enfermos. La lista de miserias sería atterradoramente larga y triste. Sé muy bien que no se puede imputar todo esto sólo a las sanciones, pero sin duda alguna, ellas desempeñan aquí el papel más importante.

Por otra parte, unas cuantas personas sacan provecho de esta situación amasando escandalosas fortunas. No se trata solamente de pequeños traficantes de lo que sea, ni de cambistas de acera, sino sobre todo de poderosos comerciantes de petróleo, de armas, de drogas, etc. Éstos sostienen y preservan económicamente al régimen, y en realidad, directa o indirectamente, forman parte de él. Incluso podría llegarse a suponer, pues es lógico, que las sanciones y el embargo sirven en forma eficaz a sus intereses personales. La clase media, que debería haber sido la base de un nuevo sistema democrático y liberal, se encuentra vertiginosamente en vías de desaparición, se ve reemplazada por una nueva clase compuesta a la vez por antiguos y actuales dirigentes y por miembros de la auténtica mafia.

Políticamente hablando, en su calidad de instrumentos de presión política y económica, las sanciones y el embargo habrían destruido sin dificultad todo régimen verdaderamente —y desde largo tiempo atrás— democrático, así como toda economía liberal y otrora próspera. Sin embargo, un régimen de origen totalitario y una economía en pésima situación se ven mucho menos afectados por aquéllos. Además, las sanciones y el embargo sirven de excusa para todo: ahí están para ser cargados con la responsabilidad de todos los errores, de todos los fracasos. El milagro se produjo: el culpable ya no es responsable de cosa alguna sino que, como todo el mundo, es víctima del odio, de la injusticia y de la persecución internacionales. La ambigüedad de la idea de víctima incluso acerca el régimen al pueblo, que es la verdadera víctima.

No tengo intenciones de pronunciarme sobre la justicia o la injusticia de las medidas aplicadas a mi país; simplemente quisiera, refiriéndome a una experiencia vivida, reflexionar acerca de los efectos producidos por la utilización de un instrumento de la política internacional. Desde el punto de vista de las razones por las cuales se introdujeron las sanciones, tengo la certeza de que los perjuicios —muy probablemente imprevistos y no intencionales— superan con mucho los resultados esperados. Una población que comienza a vivir bajo el signo de la muerte —muerte física, muerte económica, muerte moral— y cuya idea principal es sobrevivir a pesar de todo,

se ve reducida a los instintos primordiales, se desinteresa de todo lo demás y termina sumiéndose en una apatía profunda. Un régimen de origen totalitario recobra fácilmente su verdadero carácter, y con ello resulta fortalecido. No solamente disminuye todo impulso para las reformas, toda actividad política y todas las reivindicaciones democráticas parecen fuera de lugar y abstractas, sino que aún hay algo peor: ampliamente amparado por la propaganda oficial, el pueblo —sintiéndose aislado y perdido— comienza a sospechar que si la comunidad internacional y el mundo libre, en los cuales ha confiado tanto, son capaces de imponerle semejantes medidas, ya no le queda entonces esperanza alguna. La apatía y el pesimismo se transforman en un nihilismo total. En consecuencia, me parece que si se abordan estos problemas desde el punto de vista de la política de cultura, en lugar de hacerlo desde el de la política ordinaria, hay muchas razones para plantearse preguntas.

Traducción de Jorge Padín Videla